

a Clermont, antes que soportar los sinsabores que me esperaban; pero ya era tarde; el marqués mismo se adelantaba hacia mí, acompañado por Luciano, que me llamaba. La voz de mi discípulo tenía la entonación ordinaria de familiaridad y la acogida del padre acabó de probarme que yo me había equivocado al creerme perdido tan pronto.

»—Le han abandonado a usted—me dijo—y ni aun se les ha ocurrido enviarle un carruaje. ¡Buen pasito ha traído usted!—Y al decir esto miraba la hora en su reloj—. Mucho temo—continuó diciendo—que Carlota haya cogido un enfriamiento; ha tenido que acostarse inmediatamente. ¡Este sol de la primavera es muy traidor!

»Carlota, pues, no había dicho nada. Hoy está mal, dije para mí; hablará mañana. Pero el día siguiente pasó y pasaron otros sin que nada de particular sucediese, pero viviendo yo en ansiedad continua, con zozobras incesantes y con insoportable fiebre. Por último, al octavo día el marqués me envió un recado para que fuese a verle a su cuarto. Esta vez, pensé, ha llegado la hora; es preferible. Esperaba yo encontrar su semblante amenazador y terrible, palabras injuriosas, y hallé, por el contrario, al hipocondríaco sonriente, animados sus ojos y rejuvenecido el semblante.

»—Mi hija—empezó a decirme el marqués—no mejora. Nada grave tiene, pero padece esos extraños accidentes nerviosos... Se ha empeñado en que vayamos a París para curarse... ¿Sabe usted? Ya estuvo muy enferma otra vez y la curó un médico en quien ella tiene gran confianza. Tampoco me vendrá mal a

mí consultarle acerca de mis dolencias. Pasado mañana parto con ella. Es posible que después hagamos un viajecillo para que se distraiga. Quería yo, por consiguiente, dar a usted algunas instrucciones particulares con respecto a Luciano, para los días que he de estar ausente, aunque estoy muy contento con usted, mi querido Greslou, muy contento, mucho. Ayer mismo se lo escribí a Limasset; es para mí una satisfacción tener a usted cerca de Luciano.

»Pensará usted, mi querido maestro, fundándose en lo que he manifestado acerca de mi carácter, que aquellos cumplimientos del marqués me halagarian porque probaban la perfección con que había yo desempeñado mi papel y porque desvanecían los temores que me habían atormentado durante una semana... Pues bien, no sucedió así. Vi claro y positivo e indudable este hecho: Carlota no había querido contar la escena ocurrida con nosotros, y me preguntaba yo: ¿por qué? En vez de dar al silencio de la joven una significación favorable a mí, me ocurrió de pronto la idea de que había callado por no privarme de mis medios de ganar el pan; por lástima, no por aquella compasión amorosa que yo había procurado inspirarle. Apenas habe imaginado esta explicación, la tuve por indiscutible.

»—No—me dije con despecho a mí mismo—, no; esto no será; no aceptaré nunca una limosna de una indulgencia denigrante. Cuando Carlota vuelva, no me encontrará aquí. Ella, con su conducta, me indica lo que yo debiera haber hecho, lo que haré. He pretendido interesarla y ni aun he conseguido su enojo. Dejémosla, cuando menos, un recuerdo que

no sea el de un capigorrón que conserva su comedero aun sufriendo las más afrentosas injurias. De tal modo había yo renunciado a mis proyectos, tan muertas estaban mis esperanzas de seducción que me habían sostenido durante aquel invierno, que en la misma noche escribí una carta para aquella de quien había procurado hacerme querer, y en esa carta le pedía otra vez perdón.

»Comprendo, le decía, que toda clase de relaciones son ya imposibles entre nosotros»; y agregaba: «a su regreso al castillo no se verá usted obligada a soportar mi odiosa presencia.»

»En la mañana del día siguiente, y aprovechando la confusión que llevan consigo los preparativos de un viaje, espí el momento en que, llamada por su madre, Carlota abandonó un instante su habitación, y penetré en ella. Allí, entre varios libros y otros objetos de pequeñas dimensiones, vi la cartera de viaje. La abrí para dejar allí mi carta, y tropezaron mis ojos con un sobre, en el cual Carlota había escrito esta línea: *12 de Mayo de 1886*. ¡Era la fecha del día de mi funesta declaración!...

»Me apoderé del sobre, le entreabré para ver lo que contenía... hallé algunos capullos de azucena disecados, entonces recordé que durante nuestro paseo había yo dado a la señorita de Jussat algunas azucenas, más lindas que las otras, y que Carlota había guardado en su corpiño... ¡Carlota las había conservado! Las conservaba allí a pesar de lo que yo le había dicho, tal vez por lo que yo le había dicho, pues aquella fecha estaba escrita de su puño y letra: *12 de Mayo de 1886*.

»No creo que experimentaré nunca una emoción comparable a la que se apoderó de mí al ver aquel sobre, inundando mi corazón con olas de orgullo satisfecho. Sí, Carlota me había rechazado; Carlota huía, pero me amaba. Allí, en mis manos, tenía yo la prueba de un sentimiento que yo no me hubiera atrevido a esperar nunca. Volví a cerrar la cartera, volví a mi cuarto precipitadamente para no ser sorprendido, y no dejé la carta mía, que destruí en aquel mismo instante. ¡Ya no era cosa de que yo abandonase el castillo; se trataba, por el contrario, de esperar a que ella volviese, y entonces... obraría yo... y vencería... ¡Carlota me amaba!

»§ V.—SEGUNDA CRISIS

»¡Carlota me amaba! El experimento de seducción iniciado por mi orgullo y mi curiosidad había logrado buen éxito. Esta evidencia, porque no dudé ni un solo minuto de aquella prueba sorprendida por mí, hizo que fuese para mí aquel viaje de Carlota llevadero y hasta agradable. Su fuga se explicaba perfectamente por el espanto que sus emociones le causaban. Además, ausentándose durante algunas semanas, me sacaba de un apuro verdaderamente grave. ¿Cómo debía yo proceder? ¿Qué conducta debía yo seguir para poner coronamiento debido a mi empresa? Yo iba a disponer del tiempo necesario para pensar en todo eso, durante aquella ausencia que no podía ser de larga duración, puesto que los Jussat no poseían casa en ninguna otra parte, por entonces. Aplazando, pues, para más adelante un plan nuevo,

me abandoné a las embriagueces del amor propio triunfante, mientras presenciaba como testigo indiferente la partida de Carlota y de su padre. Háblame yo despedido de ella en el salón, como por delicadeza, para no ser un estorbo en los últimos minutos de despedida de la familia, y me había retirado a mi cuarto. El apretón de manos del marqués, muy expresivo y muy cordial, háblame probado una vez más cuán *arraigado* estaba yo en aquella casa, y adiviné, a través de la fingida frialdad de la hija, las palpitaciones de un corazón que no quiere entregarse. Habitaba yo en el piso segundo un cuarto de esquina, cuya ventana daba a la fachada principal del edificio. Me coloqué detrás de la cortina, de modo que pudiese ver sin ser visto, la subida al carruaje.

»Era una victoria atestada de bultos y guiada por el mismo cochero de la tarde del 12 de Mayo. Apareció el marqués, después Carlota. Bajo el velo, y a tanta distancia, no podía yo distinguir bien las líneas de su rostro, y cuando levantó el velo para enjugarse los ojos, no habría yo sabido decir si los últimos besos de su madre y de su hermano eran los que producían en ella un acceso de emoción nerviosa o si esto reconocía por causa la desesperación de un acto muy doloroso. Pero la vi perfectamente, luego que el carruaje traspasó la verja, volver la cabeza; y como los suyos habían ya entrado en la casa, ¿qué podía mirar Carlota con tanto interés sino la ventana detrás de cuya cortina a mi vez yo la contemplaba? Después, una espesura de árboles me ocultó el carruaje, que reapareció a la orilla del lago, para desaparecer después perdiéndose en el camino que

atraviesa el bosque del Pradat; ese camino donde la esperaba un recuerdo que seguramente había de hacer latir con más velocidad aquel corazón al fin turbado, aquel corazón conquistado completamente.

»Este sentimiento de orgullo satisfecho duró un mes entero, sin un minuto de interrupción, y nunca mi inteligencia estuvo más clara, más vigorosa, ni más hábil en el manejo de las ideas, prueba inequívoca de que todavía estaba yo, en aquellas mis relaciones con Carlota, completamente intelectual y psicológico. Entonces escribí mis páginas mejores: un trozo acerca del *trabajo de la voluntad durante el sueño*. Hice entrar en él, con delectación de sabio que usted comprenderá, todos los pormenores que yo había notado de algunos meses a aquella parte sobre las idas y venidas, vueltas y revueltas de mis resoluciones. Había yo llevado de todas ellas, como usted sabe, un diario exacto analizando por la noche antes de dormirme y por la mañana al despertarme las variaciones y matices de los estados de mi alma. Sí, fueron días aquellos de extraordinaria plenitud del entendimiento. Tenía yo entonces mucha libertad. La señorita de Largeyx y sor Anacleto se relevaban para acompañar a la marquesa. Mi discípulo y yo aprovechábamos para pasear las horas más hermosas y más dulces del día. En estos paseos y mientras Luciano perseguía mariposas o cogía flores, entregábame yo a meditaciones profundas acerca del desenlace del plan que tan felizmente había comenzado.

»Yo había conseguido crear un principio de pasión en el alma de una doncella de la cual me sepa-

raban abismos. ¿Qué procedimientos nuevos y aplicados con rigor ingenioso me permitirían aumentar la intensidad de esa pasión? Olvidaba yo la magnificencia del cielo, la frescura de los bosques, la majestad de los volcanes, el vasto paisaje desplegado en rededor mío para ver solamente fórmulas de álgebra moral. Dudaba yo entre dos soluciones diversas para el día próximo en que Carlota y yo nos hallásemos otra vez frente a frente en la soledad del castillo. ¿Debería yo en el momento de su vuelta fingirme indiferente, para desconcertarla, para rendirla por el asombro primeramente y después por el amor propio y el dolor? ¿Despertaría sus celos insinuándole que la extranjera de mi novela había vuelto a Clermont y me escribía? ¿Me convendría, por el contrario, la serie de declaraciones ardientes, audacias que aturden, locuras que embriagan?

»Examinaba yo sucesivamente cada una de estas soluciones y otras varias, y me complacía en esto para atestiguarle a mí mismo que no había sido cogido, que el filósofo dominaba al enamorado, que mi yo, en fin, ese idolatrado yo del cual me había convertido en sacerdote, continuaba siendo superior, lúcido, independiente. Enojábame otras veces conmigo mismo al advertir indígenas debilidades y pueriles estremecimientos. Dentro del palacio era donde esto me sucedía más a menudo.

»Delante de los retratos de Carlota, esparcidos profusamente en las paredes del salón, sobre las mesas, en el cuarto de Luciano. Fotografías de todas dimensiones la representaban: a los seis años, a los diez, a los quince; yo podía seguir, en aquella colec-

ción de retratos, la historia de su belleza, desde la gracia infantil de los primeros años hasta los hechizos serios de ahora. Los rasgos de la fisonomía variaban al pasar de un retrato a otro; la mirada, nunca. Era la misma en los ojos de la niña, y en los de la joven: un no sé qué de seriedad, de ternura y de fijeza que revelaba sensibilidad profunda. Así se había fijado sobre mí, y el recordarlo solamente me causaba emoción intensa. ¡Ah! ¿por qué no me entregaba a ella enteramente? ¿Por qué mi vanidad se encarnizaba en rechazarla? Pero ¿por qué en tantos de estos retratos se hallaba Carlota al lado de su hermano el conde Andrés? ¿Qué fibra secreta de odio había tocado en mi corazón aquel hombre sólo con existir, para que al ver yo su imagen cerca de la imagen de su hermana sintiese que se secaba de pronto toda ternura en mi corazón y sólo dejaba en mi espíritu la voluntad? ¡Y qué voluntad! Yo osaba formularla ahora, cuando estaba seguro de haber cogido en mis lazos aquel corazón. Sí, yo quería ser el amante de Carlota. ¿Y después...? ¿Después? Yo me empeñaba en no pensar en esto, como procuraba desechar los escrúpulos instintivos que me causaba la hospitalidad violada. Recogía yo las más viriles energías de mi pensamiento y hacía lo posible para infiltrar en mi alma, aun más de lo que ya estaban, mis teorías sobre el culto de mi yo. Yo saldría de aquel experimento con gran caudal de recuerdos y de emociones. Tal era el término moral de la aventura. El término material era mi regreso a casa de mi madre, terminada que fuese mi tarea de enseñanza. Cuando los escrúpulos se despertaban con violencia y una voz interior me

decía: «¿y Carlota; tienes derecho a tratarla como una cosa, como un objeto material de tu experimento?» tomaba yo mi ejemplar de Spinoza y leía en él aquella teoría donde el autor demuestra «que nuestro derecho tiene por único límite nuestro poder.» Tomaba después el libro de usted *Teoría de las pasiones*, y allí leía aquellas frases elocuentes sobre el duelo de los sexos en el amor.

»—Es ley del mundo—me decía yo a mí mismo—que toda existencia sea una conquista realizada y sostenida por el más fuerte a costa del más débil. Esto es exacto en el mundo moral como en el mundo físico. Existen almas de rapaña como existen lobos, y gavilanes, y leopardos.

»Este orgullo de mi victoria se desvaneció como el humo por un hecho sencillísimo; el señor de Jussat escribió para decir a la marquesa que volvía solo; la señorita de Jussat seguía muy delicada y se quedaba en París en casa de una hermana de su madre. Cuando la marquesa nos comunicó esta noticia estábamos en la mesa. Al oírla me acometió como un espasmo de cólera que a mí mismo hubo de asombrarme; necesité pretextar un desvanecimiento súbito para retirarme del comedor. Yo habría gritado, deseaba romper alguna cosa, manifestar de algún modo, por insensato que fuese, la rabia que agitaba mi alma. En la fiebre de vanidad que me exaltaba desde la partida de Carlota lo había yo previsto todo, todo menos el que aquella niña, a pesar de su amor, tuviese la entereza de carácter necesaria para no volver a Aydat. ¡Era tan sencillo el recurso que Carlota había hallado para huir de mí, tan sencillo, pero al propio tiempo,

tan eficaz y tan definitivo! La táctica maravillosa de mi psicología resultaba tan estéril como el mecanismo del cañón más perfecto contra un enemigo refugiado fuera de su alcance. ¿Qué podía yo sobre la joven, si la joven no estaba allí? Nada, absolutamente nada, y reunirme a ella era imposible.

»El convencimiento de mi impotencia surgía tan rudo, tan doloroso, que no pude comer, ni dormir, ni descansar un minuto en el tiempo que transcurrió entre la llegada de aquella carta y el regreso del marqués, que volvió solo efectivamente. Con la llegada del señor de Jussat iba yo a saber si aquella resolución de Carlota excluía ya toda esperanza de contraorden o si existía aún alguna probabilidad de que la joven regresara para fines de Julio, o para el mes de Agosto, o en Septiembre. Mi compromiso en casa de los Jussat duraba hasta mediados de Octubre. Palpitaba mi corazón, mi garganta estaba apretada, mientras Luciano y yo paseábamos en la estación de Clermont, a las seis de la tarde. En el exceso de mi impaciencia había yo conseguido que nos dejaran salir a recibir al marqués. La locomotora entró en agujas. El señor de Jussat asomó su cabeza a una ventanilla. Al verle, y casi sin darle tiempo para saludar, le pregunté, arriesgándome a abrirle los ojos respecto a mis sentimientos:

»—¿Y la señorita Carlota?

»—Gracias, gracias—me contestó estrechando mi mano—dice el médico que padece una perturbación nerviosa muy honda. Parece que la vida de las montañas no le conviene... ¡Y yo que sólo allí estoy a mi gusto! ¡Ah, es triste, sí, muy triste! En fin, ensayare-

mos por larga temporada el tratamiento hidroterápico en París, y después acaso en Nericia.»

»¡Carlota, por consiguiente, no volvía!... Si alguna vez echo de menos, solamente como documento psicológico, el cuaderno con cerradura que yo mismo arrojé a las llamas, es ahora, querido maestro; allí estaba el cuadro diario de mis pensamientos desde la tarde de Junio en que el marqués me anunciaba así la ausencia definitiva de su hija. Allí hubiera usted hallado, como en un atlas de anatomía moral, una ilustración de la hermosa análisis de usted sobre el amor, el deseo, la tristeza, los celos y el odio. Sí, en el transcurso de aquellos cuatro meses pasé por todas esas fases. Una circunstancia imposible de prever entonces cortó el curso probable de los sucesos. Háblame yo dirigido a casa de su tía, sin temor al peligro de ser descubierto, algunas cartas apasionadas, vehementes, locas. Ninguna de ellas obtuvo contestación. He sabido después que aquellas cartas la conmovieron de tal modo, que las conservó siempre.

»Las cenizas de aquellos papeles fueron encontradas en la chimenea de su estancia. Carlota las arrojó al fuego en la noche de su muerte. Entonces, con dolor y despecho, y desesperación en el alma, adquirí el convencimiento de que mi amor a Carlota era sincero, inmenso, se sobreponía a todo. Todos los objetos, el bosque y sus árboles, el campo y sus flores, me hablaban de ella, y la sensación de su ausencia hacía más intolerable cuando paseaba con el pobre Luciano, que constantemente, sin cesar, me hablaba de su hermana. Luciano quería a Carlota, la admiraba con tal sinceridad y ternura tan verdadera, que a

todas horas me daba pruebas de lo digna que era, efectivamente, de ser querida y admirada. En aquella época intenté resumir en una especie de novela *autobiográfica* la historia de mis sentimientos por Carlota. Suponía yo en dicha novela, y vea usted cómo la casualidad se encarga de realizar algunas veces nuestros ensueños; un gran psicólogo consultado por un joven, y, hacia el final, el psicólogo redactaba, para uso del enfermo moral que se había acercado a él en busca de consejo, un diagnóstico pasional con indicación de sus causas.

»Escribí aquellos trozos durante el mes de Agosto y bajo la influencia abrumadora de un calor de la zona tórrida. Consagré a él próximamente quince días, desde las diez de la noche hasta la una de la madrugada..., abiertas las ventanas todas, volando en torno de mi lámpara encendida grandes mariposas nocturnas, de esas mariposas anchas, de matices sombríos, y que llevan en su coselete una calavera pintada en blanco. Elevábase la luna inundando con su claridad azulada el lago, por cuya superficie corrían reflejos nacarados; el bosque, cuyo misterio parece acrecentarse; la línea de volcanes⁹ extinguidos, esos volcanes tan parecidos a los que mi buen padre me señalaba en aquella misma hora, enseñándome el empleo del telescopio. Como en los tiempos en que la palabra de mi pobre padre me revelaba la historia del mundo, tornaba yo a ver la nebulosa primitiva, después la tierra, que se destacaba de esa nebulosa, por último, la luna destacándose de la tierra. Esa tierra estaba ya muerta y la tierra moriría también. Sí, la tierra iba helándose de un segundo a otro, y la se-

rie imperceptible de esos segundos, sumándose unos con otros durante millones de años, había ya extinguido el fuego de los volcanes, de donde brotaba en otro tiempo hirviente y devastadora la lava, sobre la que estaba edificado aquel castillo.

»Enfriándose esta lava había levantado una barrera que detuvo el curso del agua, con que se había formado el lago, y el agua de aquel lago iría evaporándose a medida que fuese disminuyendo la atmósfera, esos miserables catorce kilómetros de aire respirable que rodean el planeta. Cerraba yo un instante los ojos y sentía rodar a este globo caduco a través del espacio infinito, ignorante de los universos parciales que giran sobre él, como ignora el espacio la existencia de los soles, de las lunas y de las tierras. Así continuará rodando el planeta cuando no sea más que una bola sin aire y sin agua, de la que habrá ya desaparecido el hombre, como los animales y las plantas. Estas reflexiones que la contemplación del cielo estrellado me sugería, lejos de calmarme y de proporcionarme tranquilidad, me hacían sentir con terror esta conciencia de mi persona: la *realidad única*, de que yo era dueño ¿por cuánto tiempo? Apenas en un punto y por un momento. No podía sobrellevar aquellos tristes pensamientos... Entonces surgió en mi mente el recuerdo de Mariana, aquella obrera que había sido mi primer amante. Díjeme entonces, en mi sentido íntimo, que tal vez me equivocaba yo al crearme un sér abstracto, una inteligencia pura. Al cabo de meses y meses que había yo vivido como hombre formal ¿no estaba constantemente en pugna con mi carácter? Los fenómenos de mi pasión

por Carlota, fenómeno cuyo teatro era mi *yo*, ¿no serían consecuencia de una castidad demasiado prolongada? Quizá aquellos deseos nada tenían de psicológicos y sólo traducían apoplejía de juventud, exceso de savia no empleada. Sería en este caso todo un prurito de deseos fáciles de destruir con la satisfacción de ellos... Pretextando no sé qué negocios de familia, obtuve del marqués ocho días de licencia, y llegué a Clermont muy resuelto a entregarme allí en el más violento frenesí, al desenfreno, con la primera mujer que encontrase. Busqué a Mariana, que ya no era una obrera pobre, sino la *entretendida* de un propietario rural, y a su lado pasé la primera noche, al terminar la cual me convencí de que no era aquel el procedimiento para curarme. No volví a visitarla, ni visité a ninguna otra. Pasé los pocos días de mi licencia al lado de mi madre; ésta, viéndome sumergido en una melancolía profunda, se inquietaba mucho y me abrumaba a fuerza de preguntas; no veía yo, por lo tanto, llegar la hora de volver al castillo. Cuando menos allí podría yo vivir con mis recuerdos. Pero un terrible golpe me esperaba a mi llegada. Así que el marqués me saludó, se apresuró a decirme muy satisfecho:

»—Una buena noticia: Carlota está mejor; y otra noticia buena también...: se casa. Sí, acepta por último al señor de Plane. Nada, de veras, ¿sabe usted? Un amigo de Andrés a quien ella misma había rechazado en otro tiempo y ahora ya le quiere... Sí, sí, es una noticia buenísima..., porque, ya usted ve, a mí me quedan ya muy pocos años de vida..., estoy delicado, muy delicado.

»Podía el buen señor explicarme al pormenor sus enfermedades supuestas, analizar su gastralgia, su gota, su catarro crónico, su afección cardíaca, sus jaquecas, yo le escuchaba como el condenado a quien acaban de leer su sentencia de muerte atiende a las palabras del carcelero. Yo no pensaba más que en el matrimonio de Carlota, que me sumergía en la desesperación más horrible, mientras el señor de Jussat continuaba diciendo:

»—Quiero mucho a mi futuro yerno... y celebraría de veras que usted le conociese; es leal, valiente, bueno, altivo. Tiene verdadera sangre de aristócrata en sus venas. En fin, ¿usted comprende a las hembras? Ahí tiene usted a Carlota que no es más loca ni más necia que otra cualquiera, al contrario, ¿verdad? Dos años hace que se le presentó ese novio; contestó que no. Esto hizo al pobre joven perder el juicio, y le impulsó a buscar la muerte en la guerra, y después... dice que sí. ¿Sabe usted? Yo ya me figuraba que en su enfermedad nerviosa había algo de amoríos... Entiendo bien de esto... me decía yo: Carlota está enamorada... y era de él. ¿Y si ahora él no la hubiera querido?

»Reproduzco esta especie de discurso escogido entre otros veinte de la misma índole, porque él basta para que usted se haga cargo de cómo, sin pretenderlo, aquel pobre señor enconaba mi herida y acrecentaba mis amarguras. No, no era el señor de Plane a quien Carlota había amado aquel invierno; pero sí era cierto que había amado. Nuestras existencias se habían cruzado en un punto, como se cruzan los dos caminos que yo alcanzaba a ver desde mi venta-

na: el uno, que baja de la montaña y se dirige hacia el funesto bosque del Pradat; el otro, que sube hacia el pico del Rodde. Muy frecuentemente me aconteció, a la caída de la tarde, mirar sendos carruajes que seguían el uno y el otro camino, después de haberse rozado casi al pasar por el punto de intersección, perderse uno y otro en direcciones contrarias. No de otro modo se habían separado nuestros destinos... y se habían separado para siempre. La baronesa de Plane viviría en París, en lo que denominan el *gran mundo*, y esta idea me representaba un torbellino de sensaciones desconocidas, fascinadoras, en medio de una fiesta jamás interrumpida. Yo... de sobra sabía yo cuál habría de ser mi vida en lo futuro. Veíame ya, con la imaginación, en mi cuartito de la calle de Billard. Con la imaginación también seguía yo las tres calles que es preciso tomar para ir hasta la *Facultad*. Penetraba después en el palacio de la Academia, aquel palacio labrado con ladrillos rojos; me dirigía al salón de actos, de paredes desnudas y guarnecidas con marcos negros. Escuchaba las explicaciones del profesor, y éstas duraban hora y media, transcurridas las cuales volvía yo por las frías callejuelas de la ciudad antigua, porque no habiendo estudiado lo bastante para sufrir con probabilidades de buen éxito mi examen, me sería necesario pasar todavía un año más en mis tareas de preparación. Continuaría yo, por consiguiente, yendo y viniendo por aquella decoración de casas negruzcas, con aquel horizonte de montañas cubiertas de nieve, viendo a los padres de mi amiguito Emilio, sentados cerca de su ventana, y al señor Limasset, mi protector y amigo

de mi padre, leer un periódico en un rincón del café de París, y los ómnibus de Royat en la esquina de Jaude... ¡Cuánto y cuán de veras maldecía yo entonces aquella existencia tranquila! ¡Y ahora!... ahora, ¡cuánto deploro que no haya sido esa mi suerte! ¡Cuánto celebraría despertarme pobre estudiante cerca de la *Facultad* de letras de Clermont, inquilino del padre de Emilio, discípulo del venerable Limasset, ranseunte perezoso en aquellas callejas sombrías... pero ¡inocentel... ¡inocentel... y no el hombre que ha atravesado por lo que yo he atravesado y que necesito decir.

»§ VI.—TERCERA CRISIS.

»Hacia últimos de aquel terrible mes de Septiembre, Luciano se quejó de un malestar que el médico, por de pronto, atribuyó a un simple enfriamiento. Dos días después se agravaron los síntomas. Dos médicos de Clermont, llamados apresuradamente, diagnosticaron una fiebre escarlatina, aunque benigna. Si mi pensamiento no hubiese estado completamente consagrado a una sola idea fija, que me tenía convertido a la sazón en un verdadero monomaniaco, habría yo tenido con qué llenar de notas mi cuaderno. Habríame bastado seguir las evoluciones del espíritu del marqués y la lucha empeñada en su corazón entre su amor paternal y su hipocondría. Tan pronto, y a pesar de las palabras tranquilizadoras de los médicos, inquietábase hasta angustiarse, y pasar la noche velando a Luciano; tan pronto se aterraba por la aprensión de ser contagiado y se metía en cama, que

jándose de imaginarios dolores y contando las horas hasta la llegada del médico.

»Sucedió, a veces, cuando los síntomas le parecían muy graves, que exigía del médico que principiase por él la visita. Después se avergonzaba de su miedo. El fondo de buena raza que había en su sangre reaparecía. Levantábase entonces y se castigaba a sí mismo con frases amargas sobre la debilidad que traen los años, y volvía a la cabecera de su hijo. Su primera idea fué ocultar a la marquesa, lo mismo que al conde Andrés y a Carlota, la enfermedad del niño. Pero transcurridas dos semanas, como aquellas alternativas de celo y de terror hubiesen agotado su energía, experimentó la necesidad de tener a su lado a la marquesa para que le sostuviese, y tal era la incoherencia de sus ideas, que me consultó sobre esto.

»—¿No cree usted que es deber mío decirselo—dijo para terminar la consulta.

»Existen almas dadas a la mentira y al engaño que sobresalen en excusar con motivos muy laudables sus más ruines acciones. Si a ese número perteneciera yo podría ahora alegar como un mérito el haber insistido para que el marqués desistiese del propósito de llamar a su familia. Es cierto que no era desconocido para mí el alcance de mi respuesta y de la determinación que pensaba tomar el señor de Jussat. De sobra sabía yo que si él avisaba a la marquesa, ésta y su hija llegarían por el primer tren, pues conocía lo suficiente a Carlota para estar seguro de que no dejaría sola a su madre. Yo volvería a verla; hallaría una suprema ocasión de resucitar aquel amor